

# Actitudes y tácticas denominacionales entre los hermanos

Dub McClish

## Introducción

Hace más o menos diez años [1962, DM], la mayoría de los principios religiosos erróneos que abordaba en mis predicaciones y escritos eran evidentes en el mundo denominacional. Ahora, junto con muchos otros predicadores del Evangelio, me encuentro predicando y enseñando estos mismos principios, solo que con un propósito adicional. Ahora, debemos dirigirlos a los hermanos—y no solo para edificar a los hermanos en las bancas. Muchos en el púlpito se han vuelto denominacionales en sus actitudes generales hacia la Palabra de Dios y en sus enseñanzas. De hecho, no habría tantos en las bancas con conceptos y vocabularios denominacionales si no estuvieran en los pulpitos y en las aulas quienes los están instruyendo y animando en tales ideas. Permítanme ahora citar y discutir algunos ejemplos de este fenómeno.

## El Concepto de la iglesia Como Denominación

Por algunos años he escuchado a hermanos usar terminología en conversaciones que indican un concepto denominacional de la iglesia. Las referencias a “otras denominaciones,” “la doctrina de la iglesia de Cristo,” “soy una iglesia de Cristo,” y cosas por el estilo, son ilustrativas. Sin embargo, estas afirmaciones y otras parecidas se hacían normalmente con ignorancia e inocencia de su connotación y cuando se señalaba el error, se solía corregir inmediatamente.

Ahora, sin embargo, un segmento de personas en la iglesia se refiere abiertamente a la iglesia de nuestro Señor como una denominación y una secta. Lo hacen en sus conferencias, artículos, libros y clases—no por ignorancia o inocencia—sino por motivo. No sé qué los impulsa, ya sea a buscar notoriedad, a estar en la cima de una “nueva ola” de pensamiento, a satisfacer algún deleite diabólico al escandalizar y perturbar con conocimiento de causa a los que aman al Señor y a Su iglesia, o quizás otros motivos. Sin embargo, sé que si se les permite andar sueltos y sin exponérseles, debido al triste nivel actual de ignorancia bíblica en la iglesia, continuarán “arrastrando tras sí a los discípulos” (Hechos 20:30).<sup>1</sup>

La iglesia, tanto en origen como en naturaleza, es esencialmente no-denominacional y anti-denominacional. La iglesia fue edificada por el Señor Jesús (Mateo 16:18), no por los hombres. Pertenece al Cristo (Hechos 20:28; Efesios 5:25), no a los hombres. Incluye solo a los

salvados de sus pecados pasado (Hechos 2:41, 47), no a ningún otro. Es un solo cuerpo (Efesios 4:4), no muchos. Tiene una fe (Hechos 6:7; Efesios 4:5; Judas 3), no muchas. Defiende la Verdad y la obediencia a ella (1ª Timoteo 3:15; Hebreos 5:9), no la mera sinceridad piadosa. Es el único camino angosto (Mateo 7:13-14; Juan 14:6; Hechos 9:2), no muchos caminos. Honra el nombre de Cristo (Hechos 4:12; Romanos 16:16; 1ª Pedro 4:16), no los nombres de los hombres.

He observado en al menos algunos de estos falsos maestros que no solo están llamando abiertamente a la iglesia una denominación entre denominaciones. Al mismo tiempo, a través de su influencia y enseñanza, están haciendo todo lo posible para asegurarse, si es posible, de que **se convierta** en una denominación. Tuve la triste experiencia de predicar para una congregación donde, poco después de mudarme allí, supe que al director de la Escuela Bíblica se le había permitido durante varios años difundir su concepto denominacional de la iglesia. Todo el tiempo estuvo trabajando para que la iglesia se pareciera lo más posible a una denominación, permitiendo, si no alentando, que los devocionales de los estudiantes se convirtieran en poco más que reuniones de “testimonio,” declarando abiertamente que “no podía decirles a sus estudiantes que la música instrumental o fumar están mal,” suministrándoles periódicos pentecostales y cosas por el estilo. Este hombre, a quien se le confiaron las almas de cientos de jóvenes universitarios a lo largo de los años, dijo una vez en la clase bíblica que estaba enseñando: “La iglesia de Cristo es la más denominacional de todas las iglesias.” imagínese el concepto de la novia de Cristo con el que sus estudiantes dejaron su tutela. La iglesia no solo era una denominación para este guía ciego—qué pena. Gracias a Dios que finalmente se ejerció suficiente presión sobre los ancianos. donde trabajaba que fue removido, pero no antes de que hiciera un daño irreparable. Cuando fue despedido, ¡encontró su “hogar” en la Iglesia Metodista!

Tengo un libro en mi biblioteca escrito por un hermano (que estaba predicando en el momento en que lo escribió) en el que se refirió al cuerpo de Cristo como “nuestra denominación” y “nuestra secta” (Fooks, 27, 50). Todo el tenor del libro es lo saludable de la comunión con las denominaciones sin exponer sus errores. Cuán fácilmente algunos renuncian al terreno precioso del cristianismo simple y primitivo, peleado y ganado en muchos conflictos duros y con un sacrificio personal inconmensurable a lo largo de muchos siglos (especialmente en los dos últimos en nuestra nación). Es más, parece que algunos incluso lo entregan alegremente.

## **La Actitud de Aincerdad por Encima de la Verdad**

Durante toda mi vida adulta como cristiano he observado que posiblemente la doctrina más común a todos los adherentes denominacionales es que la sinceridad de corazón es superior a la lealtad a la Verdad. A menos que a uno se le haga ver su error en este punto, no es posible guiarlo más hacia la Verdad. Adecuadamente sopesada, la exaltación de la sinceridad justifica cualquier error e implica básicamente un “universalismo práctico.” Si bien el ser genuino, sincero y no hipócrita se ordena repetidamente en las Escrituras (Mateo 23:13-36; Filipenses 1:16-17; 2ª Corintios 8:8; et al.), **nunca** son tan exaltadas como para disminuir la necesidad de la obediencia a la Verdad (Juan 8:31-32). ¿Fueron condenados los que se describen en Mateo 7:21-23 por falta de sinceridad? Ciertamente no, sino por falta de obediencia a la Palabra de Dios, aunque obviamente sincera. El amor de Cristo no se mide simplemente por la sinceridad, sino por guardar Sus mandamientos (Juan 14:15, 21, 23-24). Cristo salva a los obedientes (Hebreos 5:9), no solo a los sinceros. El celo sin conocimiento resulta en condenación (Romanos 10:1-3). El balance de comportamiento que trae la salvación es un corazón que conoce la Verdad y la obedece sinceramente (Juan 4:24).

A pesar de una doctrina tan clara, en la congregación mencionada anteriormente que toleraba al hereje de la Silla Bíblica, una joven pareja “iluminada” se expresó abiertamente en público y en privado, declarando que “el espíritu es más importante que la verdad” y que ellos “preferirían ser bautistas, metodistas, lo que sea, con el espíritu correcto que ser miembros de la iglesia de Cristo y no tener el espíritu correcto.” Sin embargo, los ancianos ingenuos les permitieron continuar en la enseñanza y otros roles de liderazgo mientras esparcen su veneno. Dejaron saber que algunos de los escritores de la revista ultra liberal *Mission Magazine* los alentaron mucho en sus convicciones. No están solos en sus puntos de vista. La doctrina de la sinceridad es un ataque contra el mismo fundamento del Evangelio. Una vez tragada, uno pierde todo respeto por la pureza doctrinal. Debe ser expuesta por lo que es: un ataque frontal a la autoridad bíblica.

## **Menos énfasis en la Iglesia**

El mundo denominacional siempre ha minimizado la importancia de “la iglesia” (como la ven erróneamente) con un énfasis correspondiente en la “relación personal con Jesús.” Durante varios años he predicado en contra de la doctrina sectaria de que uno puede servir al Señor, adorar a Dios y ser salvo fuera de la iglesia, así como dentro de ella. Por supuesto, como

el mundo denominacional ve a la iglesia—simplemente como un conglomerado de denominaciones—las Escrituras enseñan claramente que uno no es salvo sin ella. La doctrina denominacional condenatoria de “salvación-en-el-punto-de-creer” y “unirse-a-la-iglesia-más-tarde-si-quiere” es una ilustración adecuada de la degradación general de la iglesia en la enseñanza denominacional.

Pero ahora algunos de nuestros hermanos más “eruditos” nos dicen que hemos estado enfatizando demasiado la iglesia y que hemos estado “convirtiendo a la gente a la iglesia en lugar de a Cristo.” Un predicador ha dicho que “ya no hace hincapié en la iglesia en su predicación,” sino que está “contento sólo con predicar a Jesús.” Supongo que podría ser posible “enfaticar demasiado la iglesia” en nuestra predicación, pero es difícil para mí imaginar cómo podría uno hacer eso. Niego que lo hayamos hecho así en el cuerpo del Señor. ¿Cómo se puede exagerar algo que es el resultado del propósito eterno de Dios a través de Cristo (Efesios 3:10-11), que fue el tema de cientos de años de profecía (Isaías 2:2-4; Daniel 2:44), que fue edificada (Mateo 16:18), comprada (Hechos 20:28) y que Jesucristo se sacrificó por ella (Efesios 5:25), que constituye la familia de Dios (1ª Timoteo 3:15), que es el cuerpo de Cristo (Colosenses 1:18), que es templo del Espíritu Santo (1ª Corintios 3:16), que se compone de los salvos (Hechos 2:47), que serán salvos por Cristo (Efesios 5:23), que es el novia de Cristo (Efesios 5:22-32) y que es un “reino incommovible” (Hebreos 12:23, 28)? Debido a la abominable visión denominacional de lo que es la iglesia, debemos continuar con un fuerte énfasis en el lugar que le dan las Escrituras.

No es de extrañar que las denominaciones no hagan énfasis a la importancia de la Iglesia. Su concepto de la iglesia es tan ajeno a las Escrituras que difícilmente pueden darse el lujo de enfatizarlo excepto como una institución social humana. Sin embargo, es casi increíble que algunos de nuestros predicadores y ancianos caigan en tal trampa.

Es una imposibilidad absoluta “predicar a Cristo y no enfatizar la iglesia” o convertir a alguien a Cristo **sin** “convertirlo” a la iglesia. Alguien que intenta predicar a Cristo sin predicar a la iglesia falla en predicar a Cristo de manera completa y precisa. Felipe “predicaba a Cristo” a los samaritanos (Hechos 8:5), pero esto incluía también predicar el “reino de Dios” (v. 12). Lo sorprendente de aquellos que minimizan así a la iglesia es que actúan como si hubieran descubierto algo “nuevo.” No es nada nuevo; es simplemente una herejía denominacional “recalentada.”

## **La Acusación de “Bibliolatría”**

Hace muchos años tuve varias discusiones con un predicador presbiteriano donde vivía. Como me refería constantemente a las Escrituras en nuestras discusiones, llegó a acusarme de “bibliolatría.” Él pensó erróneamente que mi reverencia por la Biblia como la Palabra infalible de Dios constituía adoración a la Biblia. Ahora escucho a algunos hermanos ridiculizar nuestra “Bibliolatría.” Me pregunto por qué somos tan acusados por algunos hermanos. ¿Es porque amamos la Ley de Dios (Salmo 119:97)? ¿Es porque creemos que la Ley de Dios es perfecta, segura, correcta, pura, eterna, verdadera, justa, más preciosa que el oro y más dulce que la miel (19:7-10)? ¿Es porque sabemos que no amamos a Cristo a menos que guardemos sus mandamientos (Juan 14:15ss)? ¿Es porque creemos que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios (1ª Corintios 2:10-13; 2ª Timoteo 3:16-17; 1ª Pedro 1:12; 2ª Pedro 1:20-21)? ¿Se nos acusa de “bibliolatría” porque creemos que es la Verdad—y toda la Verdad— relativa a nuestras almas y que sólo por la obediencia a ella somos liberados y purificados del pecado (Juan 8:31-32; 17:17; 1ª Pedro 1:22-23)? ¿O tal vez somos tan acusados porque nuestros acusadores no tienen tales convicciones acerca de la Biblia? Mientras escucho y leo las calumnias que algunos entre nosotros están lanzando sobre la Biblia y nuestra lealtad incondicional a ella, es difícil dejar de atribuir ese mismo motivo. Una vez más, tenga en cuenta que este no es un tema nuevo, sino uno tomado de aquellos que nunca han respetado debidamente la autoridad bíblica.

### **“No Todos Podemos Entender la Biblia de la Misma Manera”**

Toda mi vida como predicador he predicado en público y en privado contra el viejo cliché denominacional: “No todos podemos entender la Biblia de la misma manera.” Preparé un sermón hace varios años y lo he pronunciado muchas veces, que hace la pregunta: “¿Podemos entender la Biblia de la misma manera?” Específicamente vi la necesidad de este sermón porque una dama denominacional escribió, en respuesta a una lección de un curso por correspondencia: “Sabe que no todos podemos entender la Biblia de la misma manera.” Esta estudiante asumió que yo estaba de acuerdo con su popular excusa para creer lo que ella quería creer, independientemente de la enseñanza bíblica. Ciertamente no estuve y aun no estoy de acuerdo.

Esta pregunta ilustra una práctica de larga data de los sectarios para tratar de eludir la aplicación de la verdad bíblica apelando a la interpretación individual, incluso si contradice directamente la verdad bíblica. Ahora me doy cuenta de que cuando se hace necesario oponerse

a algunas doctrinas extrañas y falsas de los hermanos, sus adherentes están ofreciendo la misma “evasión.” Dicen cosas como: “¿Afirmas saber toda la verdad?” “No podemos saber la verdad, solo ser buscadores de ella,” “Seguramente sabe que hay muchos buenos hermanos que no están de acuerdo en este punto,” “¿Cómo sabe que tiene la razón y los otros están equivocados?” “No tenemos una esquina en el mercado de la verdad,” y declaraciones similares. Todos suenan muy similares a la vieja cortina de humo denominacional que hace que el significado de las Escrituras sea subjetivo en lugar de objetivo.

Si las palabras de la Biblia que son necesarias para nuestra salvación no pueden ser entendidas de la misma manera por todos, ¿por qué Pablo instó a los corintios a que “habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”? (1ª Corintios 1:10). ¿Estaba exigiendo lo imposible? ¿Estaba nuestro Señor orando por una imposibilidad cuando pidió que todos los creyentes fueran “uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti”? (Juan 17:20-21). Todavía es posible y necesario “examinadlo todo; retened lo bueno” (1ª Tesalonicenses 5:21), para ser “entendidos de cuál sea la voluntad del Señor” (Efesios 5:17), para “probar los espíritus si son de Dios” (1ª Juan 4:1), y “conocer el espíritu de verdad y el espíritu de error” (v. 6).

Si Dios dio la Biblia como una revelación de su voluntad (Efesios 3:3-5), ¿no podía hacerla comprensible para nosotros? Si podía, ¿no estuvo dispuesto? Si no podemos entender la Biblia de la misma manera, ¿en qué sentido es una “revelación”? ¿Debemos concluir que, aunque nuestra salvación depende de entender la Palabra (Hechos 11:14), no todos podemos entenderla de la misma manera? Si entendemos la Biblia, la entenderemos igualmente. Lo que la Biblia enseña, lo enseña para todos por igual. Los desacuerdos relacionados con la doctrina bíblica son el resultado de la **incapacidad** del hombre para entender (ya sea intencionalmente o no) la Biblia, no porque sea **imposible** que todos la entiendan por igual. Si es imposible que los hombres entiendan la Biblia por igual, entonces, por implicación, Dios es responsable de la división religiosa sin esperanza del mundo entre los creyentes profesos.

### **La Acusación de “Legalismo”**

Otra acusación que han hecho los denominacionalistas a través de los años (contra los que insisten en la autoridad de las Escrituras para sus creencias y prácticas) es el “legalismo”. Particularmente esto es cierto para aquellos que han sido capturados por el modernismo teológico. James D. Bales sugiere que el modernismo es en sí mismo solo una forma extrema de

legalismo (112). Hace varios años, cuando las Escrituras comenzaron a dar en el blanco en una discusión escrita, mi oponente predicador metodista me llamó “legalista.” En sus *Captives of the Word*, una “Historia narrativa” de aquellos en el siglo XIX que tan hábilmente hicieron sonar la súplica por la restauración de la iglesia primitiva, Louis y Bess White Cochran, ambos miembros prominentes de la secta Discípulos de Cristo, hacen mucho de lo que llaman “legalismo” en incondicionales como Tolbert Fanning, David Lipscomb, Benjamin Franklin y J.W. McGarvey (117, et al.).

Todo cristiano informado y devoto se opone al verdadero “legalismo.” El legalismo real no se basa en la sangre expiatoria de Cristo para la redención, sino estrictamente en el cumplimiento externo de la ley y el mandamiento. No podemos ser justificados simplemente guardando “las obras de la ley” (Romanos 3:28). Sin embargo, el liberal denominacional no usa el término en su verdadero sentido. Más bien lo usa para referirse a la insistencia en el estricto cumplimiento de los requisitos de las Escrituras. Por lo tanto, no es más que otro ataque velado contra la autoridad de la Escritura. Los primeros en la carrera por hacer que la iglesia de nuestro Señor sea “relevante” están lanzando la acusación de “legalismo” de la misma manera contra aquellos que se atreven a defender la fe. Un joven PHD que en ese momento era miembro de la iglesia liberal a la que me referí anteriormente hizo las siguientes declaraciones en una clase bíblica del domingo por la mañana: “La iglesia [que significa “nosotros,” DM] está dominada por aquellos que tienen un espíritu legalista y una actitud farisaica. Todo lo que escuchamos es lo mismo que hemos escuchado toda nuestra vida. La predicación es un montón de mentiras. No recibimos nada del servicio.” El lector informado reconocerá que este comentario no es más que un caso de repetición del antiguo ataque denominacional contra la autoridad bíblica que los hermanos fieles han combatido durante muchos años.

Es intrigante ver con qué precisión los errores de la historia parecen destinados a repetirse, especialmente en los que desdeñan sus lecciones. Hace casi exactamente 100 años, la batalla sobre el “racionalismo” y el “modernismo” se estaba librando entre hermanos. RC Cueva, J. H. Garrison, Alexander Proctor y George Longan, líderes de la escuela “racional”, sufrieron fuertes ataques por parte de varios defensores acérrimos de la Verdad. Entre los que dedicaron gran parte de sus habilidades de escritura a prevenir la malignidad estaban J.W. McGarvey y Moses E. Lard en *Apostolic Times*, una publicación periódica muy leída de la época. Al parecer, la mejor respuesta que los racionalistas pudieron dar fue acusar a Lard y McGarvey de “legalismo.” Después de no poder obtener una definición satisfactoria de lo que significaba

“legalismo” de parte de los acusadores, Lard finalmente escribió lo que pensaba que querían decir con el término en el siguiente párrafo:

Ahora bien, insistir en la obediencia a estos mandamientos es legalismo. En su contra, últimamente, no se ha dicho poco y nada sabiamente. El término *legalismo* no me gusta. Es un término ofensivo, con mal sentido, como se usa popularmente y por lo tanto no debe emplearse. La obediencia a los mandamientos de Cristo es su equivalente exacto y siempre debe usarse en su lugar. Sin embargo, pocos hombres pudieron ser lo suficientemente audaces para hablar en contra de obedecer los mandamientos de Cristo. El resultado sería demasiado evidente. Nadie podría dejar de verlo y pocos dudarían en pronunciarlo como infidelidad. Se adopta un método más insidioso. El legalismo es lo que se critica. Pero el acto equivale a lo mismo. *Legalismo* y *obediencia a los mandamientos de Cristo* son lo mismo [en la mente de los racionalistas, DM]. Por lo tanto, hablar en contra de eso es hablar en contra de esto. Ni tengo más respeto por el hombre que enmascara la Ley de Cristo y luego habla en contra de ella, que el que tengo por el que la insulta indirectamente (West, 269).

La clara impresión que tengo de aquellos que se apresuran a acusar a sus hermanos de “legalismo” hoy en día es que quieren decir exactamente lo que los racionalistas de hace un siglo querían decir con el término. Les gusta pensar que han superado el “observar los mandamientos” y “obediencia a la ley,” exigiendo al mismo tiempo que otros den un paso adelante hacia sus propias “leyes” adoptadas de “relevancia” (tal como lo ven), erudición (tal como el mundo lo ve), y novedad y el cambio por el bien del cambio (como lo anhelan). La Escritura continúa enseñando claramente (para aquellos que se preocupan por aprender) que, aunque somos salvos por gracia aparte de obras meritorias (Efesios 2:8-9), sin embargo, somos son “creados en Cristo Jesús para buenas obras” (Efesios 2:10). La libertad de la Ley de Moisés en Cristo no significa licencia o libertad de toda ley espiritual (Gálatas 5:13). En ausencia de la ley no existe el pecado (Romanos 4:15). Existe tal cosa como “la ley de Cristo” (Gálatas 6:2), también denominada “la perfecta ley de la libertad” (Santiago 1:25). Con Pablo, estamos “bajo la ley a Cristo” (1ª Corintios 9:21). El discipulado depende de permanecer en la Palabra/Ley de Cristo (Juan 8:31).

Supongo que siempre deberíamos esperar que aquellos que se han cansado de la autoridad de Cristo acusen pomposamente de legalismo a los que están dispuestos a defender la Verdad, como lo hizo Pablo (Filipenses 1:16). Pero seamos conscientes de lo que realmente quieren decir con el término.

Una táctica del denominacionalista, cuando se expone su error, es tratar de intimidar a quien lo denuncia llamándolo con nombres poco halagüeños. Esta maniobra también sirve para desviar el énfasis del tema en cuestión, con la esperanza de que la discusión parezca más un



conflicto de personalidades que de principios. En la discusión antes mencionada, además de llamarme “legalista” cuando comenzó a sentir el calor de la Verdad, mi amigo metodista empleó algunos epítetos adicionales, incluyendo “falso testigo,” “fariseo,” “usuario de tácticas comunistas,” “juez” y otros. Hasta hace pocos años en nuestra hermandad se entendía que bíblicamente incumbe a cada predicador del Evangelio exponer y oponerse a la falsa doctrina y sus proveedores, dondequiera que se encuentren. En lugar de extenderles el compañerismo, debemos reprender “las obras infructuosas de las tinieblas” (Efesios 5:11). Los siervos de Dios deben “contender ardientemente por la fe,” en lugar de sentarse a cantar “Kumbaya” con los falsos maestros (Judas 3). Las Escrituras que nos enseñaron a defender la Fe no han cambiado, pero es evidente que muchos de los hermanos han cambiado.

En mi observación y experiencia, se ha vuelto casi imposible cuestionar de la manera más amable las desviaciones más radicales, en doctrina o en hechos, de la Fe sin traer una avalancha de nombres poco halagüeños sobre uno mismo. He escuchado a algunos de los siervos de Dios más nobles y dedicados llamarlos despiadadamente “perros guardianes,” “cazadores de brujas,” “guardianes de la ortodoxia,” “alborotadores” y muchos otros términos perjudiciales. He recibido tales nombres inapropiados de hermanos, junto con “legalista” y “ultraconservador.” Me han acusado de “jugar a ser Dios.” El resultado del asunto es que tales términos a menudo son empleados por aquellos que deploran tan quejumbrosamente la forma en que los hermanos se “etiquetan” unos a otros.

No niego que algunos hayan juzgado demasiado a sus hermanos. Tampoco defendería un espíritu de amargura u orgullo al corregir a un hermano. Nunca se les ocurre que por las mismas razones por las que algunos están actualmente lanzando las intimidaciones mencionadas anteriormente, también tendrían que clasificar al Unigénito del Padre (junto con Juan el bautizador, Pedro, Esteban, Felipe, Pablo, Santiago, Judas, y todos los otros dignos del Nuevo Testamento). Emitieron tantas advertencias contra la enseñanza y los maestros falsos que es superfluo incluso citarlos.

Si ser atalaya de los lobos en el rebaño lo convierte a uno en un “perro guardián,” entonces lo es con la aprobación del Señor (Hechos 20:29–30). Si exponer a los falsos hermanos y sus doctrinas que causan división y tropiezo lo convierte a uno en un “perturbador,” entonces deberíamos aceptar voluntariamente ese apodo (Romanos 16:17). Si la contienda ferviente por la fe lo convierte a uno en un “guardián de la ortodoxia,” uno está bajo la dirección del Cielo (Judas 3). Si mantiene el modelo de las sanas palabras significa que soy un “ultraconservador” a

los ojos de algunos, entonces me consideraré en buena compañía (2ª Timoteo 1:13). Tales intentos de intimidación sin duda funcionarán en algunos (y nadie disfruta de recibirlos, pero con suerte, dichos intentos no silenciarán los gritos de angustia contra las apostasías de hoy más de lo que hicieron los malvados esfuerzos de Judá e Israel para silenciar por completo a los profetas que tanto despreciaron.

### **Ampliando el “Círculo” del Compañerismo**

El mundo denominacional ha hecho un arte el ignorar las diferencias doctrinales y organizacionales en sus órdenes religiosas humanas. El “Movimiento Ecuménico” de la década de 1960 fue una consecuencia natural de federaciones anteriores como el Consejo Federal de Iglesias (1903) y el Consejo Nacional de Iglesias (1950). El espíritu, si no todos los principios, del liberalismo teológico ha ganado tal control sobre las denominaciones que algunas han renunciado a sus propias identidades en varias fusiones en las últimas décadas. Es probable que se produzcan más fusiones de este tipo a medida que las líneas de tolerancia y compañerismo se amplíen cada vez más. Supongo que apenas hay un límite para lo que el denominacionalista liberal admitirá. Esto se ilustra con humor en una conversación entre un católico liberal y un ateo. El ateo preguntó: “¿Qué es un católico?” El teólogo católico respondió: “Ser católico significa estar alerta de la comunidad—conciencia de la unidad humana relacionada con Cristo.” ¡El ateo concluyó correctamente que con una definición tan nebulosa incluso él podría ser católico! (Bales, 112). De hecho, parece que dentro de unos pocos años el catolicismo y el protestantismo pueden incluso ser en gran medida indistinguibles—o al menos que los dos grupos se concedan tener compañerismo. No es de extrañar que esto esté ocurriendo. Porque, al tener poca base bíblica para la mayoría de sus doctrinas y prácticas, no tienen motivos para argumentar que una era más —o menos— bíblicamente creíble que la otra.

En los últimos años se ha vuelto cada vez más evidente que algunos en la iglesia del Señor están empeñados en ampliar los límites de la comunión. Cuando en 1962 Carl Ketcherside comenzó su compromiso con los segmentos innovadores de la Restauración, algunos no lo tomaron en serio. Yo, entre otros, pensé que pocos, si es que había alguno, prestarían mucha atención a un hombre que había sembrado semillas de división durante varios años con sus pasatiempos favoritos en cada oportunidad que podía encontrar. Nos equivocamos. No estoy seguro de que todas las voces similares de “compañerismo” con los que están en error que ahora escuchamos sean directamente atribuibles a la influencia de

Ketchersidian, pero también dudo que las similitudes sean todas coincidencias. Varios libros escritos por hermanos en los últimos diez años han llamado a un “compañerismo más amplio.” Los “Foros de Unidad,” especialmente entre supuestos representantes de varios segmentos de aquellos cuyos antepasados abogaron por la restauración, se han convertido en un lugar común. Si estos fueran con el propósito de tratar de llegar a algún arreglo bíblico de los asuntos importantes que han causado la ruptura del compañerismo, entonces tienen validez. Si son simplemente para unir a los hombres que piensan que los asuntos que nos dividen (como la música instrumental en la adoración, las sociedades misioneras, etc.) son opcionales después de todo, entonces son un esfuerzo desperdiciado o peor.

El deseo de un compañerismo más amplio no solo está dirigido a nuestros hermanos innovadores, sino más allá. Uno escribió lo siguiente, después de mencionar todo, desde católicos hasta pentecostales: “¡Sugiero que todos los que creemos en el Señor Jesús nos reunamos para discutir nuestra fe común y regocijarnos en ella!” (Fooks, 28). Continúa: “Un creyente es alguien que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios sin importar su afiliación denominacional o la falta de ella” (42-43). “En estos grupos [grupos de discusión con denominacionalistas, DM] de ninguna manera intentamos determinar cuál es la verdad para otra persona,” explica el hermano Fooks (48). Además, revela su generoso ecumenismo al afirmar que “...en Estados Unidos estamos tan involucrados en nuestra propia fe limitada y los hermanos dentro de nuestro grupo, que tenemos poco o nada tiempo para convivir con otros creyentes” (50). Sus ideas sobre el compañerismo y su definición de creyentes son lo suficientemente claras como para hacer superflua la interpretación.

En un “Foro de Unidad” reciente en Cupertino, California (julio de 1972) no fue suficiente negar que la música instrumental es una prueba válida de compañerismo, sino que, además, se invitó a un sacerdote católico romano a dar uno de los principales discursos. ¡Algunos de nuestros “generosos” hermanos presentes no pudieron decidir qué relación tenían con él, por lo que lo llamaron tanto “Padre” como “Hermano”!

Ninguno de nosotros debería tener el deseo y ciertamente no tenemos la autoridad, de hacer que las líneas de la comunión sean más estrechas de lo que Dios las ha hecho. Tal es el carácter del fariseísmo y la naturaleza de Diótrefes. Lo que algunos hermanos están ignorando por completo en su loca carrera por formar parte de las sectas es que nadie tiene el derecho de hacer que el alcance de la comunión sea **más amplio** de lo que Dios lo ha hecho. La pregunta, “¿Quién es mi hermano?” realmente nos lleva a la pregunta más básica, “¿Quién es hijo de

Dios?” Los hombres son hermanos sólo por una filiación común. La fraternidad espiritual (compañerismo) se basa, por lo tanto, en la filiación espiritual. ¿Hemos superado tanto la simplicidad del Evangelio que ya no podemos determinar cómo una persona llega a ser un hijo de Dios?

Un corazón que es sincero al creer que Cristo es el Hijo de Dios es digno de elogio, pero ¿lo convierte en un hijo de Dios y, por lo tanto, en un hermano o una hermana en Cristo? Si es así, entonces el espíritu maligno de Hechos 19:15 era hermano de Pablo, como supongo que también lo serían todos los espíritus malignos (Santiago 2:19). Un espíritu caritativo y de obras de benevolencia deben caracterizar a los hijos de Dios, pero ¿son sustituto del nuevo nacimiento (Juan 3:5)? El hecho de que nos sintamos cercanos a una persona, el cuánto la admiremos o la amemos, no tiene nada que ver con indicar la relación de esa persona con Dios. ¡Cualquiera que busque introducir de contrabando ciudadanos al reino con más condiciones o menos que las del Señor, dirige su despecho hacia la ofrenda por el pecado de Cristo! O Cristo es el único camino al Padre (Juan 14:6) o no lo es. Si no lo es, entonces fue un engañador y también podemos usar nuestras Biblias para encender el fuego. Sin embargo, si Él lo es, sólo son Suyos **aquellos de quienes Él dice que son Suyos**, incluso si todos los hombres en la tierra hicieran una excepción. El Señor Jesús no ocultó que Su Camino, el Camino de la Vida, es angosto y que pocos lo encontrarán (Mateo 7:14). Dado que no podemos juzgar perfectamente los corazones, los que realmente están en Él pueden ser incluso menos de lo que podemos percibir, pero ciertamente es más estrecho de lo que los hermanos liberales de vanguardia afirman cada vez más.

La respuesta obediente de la fe del pecador a la gracia de Dios, revelada a través de Cristo, es el medio por el cual uno entra en la familia de Dios. Esto incluye la confesión oral de la fe en Cristo como Hijo de Dios y Señor (Romanos 10:9-10), el arrepentimiento por los pecados (Hechos 2:38; 17:30) y la inmersión en agua para la remisión de esos pecados (Marcos 16:16; Hechos 2:38). Tal es la operación del principio de la fe al hacernos hijos de Dios (Gálatas 3:26-27). Tal es la plenitud del nuevo nacimiento por el cual uno se convierte en ciudadano del reino de los cielos (Juan 3:5). Dado que el Nuevo Testamento no habla de salvación después de Pentecostés para los creyentes que no sean bautizados, estos son los únicos en comunión con Dios—y entre sí. Es significativo que todas las súplicas de unidad del Nuevo Testamento fueran dirigidas a aquellos **que ya estaban en comunión unos con otros—miembros del cuerpo**, comúnmente llamados “hermanos.” El creyente (sinónimo de cristiano, comenzando con Hechos 2:44) **no debía ni debe tener compañerismo** con los incrédulos (Efesios 5:11). Los

creyentes son hijos de Dios, por lo tanto, hermanos; los incrédulos tampoco lo son, y con ellos no podemos tener yugo espiritual, compañerismo, comunión, concordia o parte (2ª Corintios 6:14-18).

Juan escribió que tenemos comunión unos con otros si “andamos en la luz como él [Cristo] está en luz” (1ª Juan 1:7). Solo cuando los hombres se contentan con practicar y predicar la Verdad revelada pueden tener una comunión bíblica entre sí. La luz y la oscuridad no tienen nada en común; La verdad y el error nunca pueden estar en comunión. Aquellos que escupen nauseabundos tópicos que invitan a las sectas a conferencias de compañerismo en las llanuras de Ono, solo hacen el ridículo a los ojos de los amantes de la Verdad. Su clase de unión, comprada al precio del compromiso de la Verdad, no merece los términos unidad o compañerismo y es subversiva a todo el esquema de la redención. Hermanos, contentémonos con los límites de la comunión establecidos por el Señor, independientemente de las ampliaciones que a algunos les gustaría hacer.

### **Conclusión**

Veo una ironía trágica en todos estos asuntos: algunas personas sinceras en el mundo denominacional aparentemente se han desencantado con el liberalismo y la falta general de respeto por la verdad bíblica que ven en todas partes, pero al mismo tiempo muchos de nuestros hermanos se han cansado de esa misma Verdad que otros pueden estar buscando. En el mismo momento en que más y más predicadores encuentran su camino fuera del denominacionalismo hacia la gloriosa luz de la Verdad, algunos de “nuestros” predicadores, profesores, publicadores y un número creciente de ancianos, han determinado que los tiempos han pasado de “un reino incommovible,” somos irrelevantes y, por lo tanto, debemos “reestructurarnos” según el patrón de la maquinaria denominacional. Verdaderamente, es una circunstancia peculiar cuando aquellos que se están convirtiendo del denominacionalismo al cristianismo verdadero se encuentran en el camino de “entrada” con algunos que están en el camino de “salida” al cambiar el cuerpo del Señor por las iglesias de los hombres, todas de los cuales, tarde o temprano, serán desarraigadas (Mateo 15:13).

Quizás no se pueda encontrar una conclusión más adecuada para estos pensamientos que en las palabras de Pablo: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo” (Colosenses 2:8).

### **Notas finales:**

1. Todas las citas bíblicas son tomadas de la RV1960 a menos que se indique lo contrario.

### Obras citadas

Bales, James D. *Modernism – Trojan Horse in the Church*. Searcy, AR: James D. Bales, 1971.

Cochran, Louis and Bess White. *Captives of the Word*. Garden City NY: Doubleday and Co., 1969.

Fooks, Leslie Eugene. *Fellowship of Believers – An Eclectic Approach to Christianity*. Hereford, TX: Pioneer Book Pub., Inc., 1968.

West, Earl Ervin. *The Search for the Ancient Order*, V. 2. Gospel Advocate Co.: Nashville, TN, 1949.

[Nota: Terminé este Manuscrito el 7 de Septiembre de 1072 y lo envié para su publicación en 4 entregas para Words of Truth, editado por el finado y muy respetado Gus Nichols.

**Atribución:** Tomado de *TheScripturecache.com*, propiedad y administrado por Dub McClish.

**Traducido por:** Jaime Hernandez.